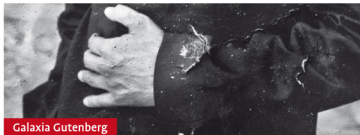




Patrick Flanery
Yo no soy nadie



Galaxia Gutenberg

PATRICK FLANERY

Yo no soy nadie

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *I Am No One*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo 2018

© Patrick Flanery, 2018
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Vicente Campos, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: 6979-2018
ISBN: 978-84-17355-06-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para AEV & GLF

Cuando volví a Nueva York este mismo año llevaba viviendo en Oxford más de una década. Tras no conseguir la plaza de titular en la Universidad de Columbia, había creído que Gran Bretaña podría ofrecerme una posibilidad de reiniciar mi carrera, aunque siempre tuve la intención de regresar a Estados Unidos, imaginando que, como mucho, pasaría unos años fuera. Sin embargo, entretanto, Estados Unidos había cambiado tan radicalmente –por pura casualidad me había marchado justo después de los ataques a Nueva York– que ahora me siento tan alienado como durante aquellos largos años pasados en Gran Bretaña.

Aunque adquirí la ciudadanía británica y tenía una casa en East Oxford, en una calle con el optimista nombre de Divinity Road, que se va volviendo más acomodada a medida que asciende a la cumbre de una colina, Gran Bretaña carece de un relato de la asimilación de inmigrantes, así que para mis colegas, amigos y estudiantes británicos importaba muy poco que yo fuera legalmente uno de ellos. Para empezar, era y siempre sería un americano. Tal vez, si uno llega a una edad más temprana la aculturación total sea posible, pero, ya entrado en la cuarentena, mis costumbres estaban demasiado asentadas para asimilar los cambios que fueran necesarios para permitirme convertirme en británico más allá de lo que marcara la legislación.

Recién acabado mi doctorado en Princeton, la Universidad de Nueva York no era uno de los lugares que habría escogido para trabajar, pero me emocioné cuando el Departamento de Historia de la NYU se dirigió a mí para que solicitara una plaza de titular y me alegré más si cabe cuando se me ofreció el puesto, convencido por fin de que mis años lejos de casa habían llegado a su fin. Es sorprendente lo mucho que el alejamiento puede afectar a la mente, y, aunque fui a Gran Bretaña por voluntad propia, al cabo de

los primeros años empecé a sentirme intranquilo y cada vez más resentido, persuadido de que se me estaba negando –o eso me parecía por entonces– el acceso a una vida plenamente americana. Culpaba a mis antiguos colegas en la Columbia y a todo tipo de intrigas de que no se me concediera la plaza de titular, lo que me había obligado a empezar como, algo que parece tan poca cosa, *fellow* y profesor contratado doctor en uno de los *colleges* más antiguos de Oxford,¹ que, aunque, fundado en el siglo xv, no atrae a los estudiantes más brillantes ni las mayores donaciones.

No obstante, acabé considerándolo un lugar cómodo en el que estar, pese a que la carga de trabajo era sustancialmente mayor que en una institución americana comparable, dado que Oxford sigue enseñando a los estudiantes individualmente o en pequeños grupos, y además hay que cumplir funciones, aparentemente sin límites, de guía espiritual que no se parecen a nada de lo que se encuentra en los medios académicos estadounidenses. Me acostumbré a que el jefe de cocina del *college* me mandara la comida a mis alojamientos si él no estaba muy ocupado, comida que solía incluir alguna exquisitez (o, como dicen los británicos, *exquisité*) de la cena de la *High Table* de la noche anterior. En las bodegas del *college* había vinos excelentes y la vida se desarrollaba con parsimonia, como desde hacía siglos, con pocos cambios aparte de la admisión de mujeres, que algunos catedráticos todavía consideraban una mala idea traída por la modernización que había alterado, insistían, el carácter de Oxford irremediablemente.

Tuve suerte con el mercado inmobiliario y antes de retornar a Nueva York el pasado julio vendí la casa de Divinity Road con un pasmoso millón de dólares de beneficio, que invertí en una casa y una pequeña parcela que daban al río Hudson, a un par de horas al norte de la ciudad, mientras ocupaba una vivienda generosamente subvencionada por la NYU en las Silver Towers de Hous-

1. Se ha mantenido, donde se ha creído necesario, la terminología académica anglosajona, en parte por su peculiaridad y en parte por su carencia de equivalentes exactos en castellano. Un *fellow* de un *college*, en el sentido aquí utilizado, equivaldría aproximadamente a un profesor asociado (o investigador, dependiendo de las funciones, la financiación, etcétera), mientras que el profesor contratado es, en inglés, *university lecturer*. Así mismo se han conservado algunos términos tradicionales de algunos *colleges*, como la *High Table* (mesa de honor o principal del comedor). (N. del T.)

ton Street. El apartamento no es lo que se dice bonito, pero está a cinco minutos a pie de la biblioteca Bobst y he disfrutado con mi vuelta a una ciudad en la que se respira un ambiente global de un modo que ciertamente no existe en Oxford, pese a la gran cantidad de estudiantes y profesores internacionales que pululan por los patios cuadrangulares.

Ni que decir tiene, volver a casa significaba que vería a mi hija más de un par de veces al año, como teníamos por costumbre durante mi estancia en Gran Bretaña. Mi pérdida de la opción de ser profesor titular coincidió con la ruptura de mi matrimonio, aunque no guardaran ninguna relación y nadie fuera realmente culpable. No obstante, en aquel momento tuve la impresión de que me daba el doble de motivos para buscar nuevas oportunidades, no sólo porque mi carrera en el mundo académico americano, hasta donde podía ver, hubiera llegado a su fin, sino porque mi matrimonio también había acabado.

Hace unas semanas, cuando llevaba solo unos meses del primer semestre que impartía tras mi regreso a Nueva York, tenía un encuentro programado con una estudiante de doctorado a cuya comisión de supervisión me habían asignado. La vida en Oxford había dado lugar a una especie de informalidad en mis relaciones con los estudiantes, los de posgrado en especial, así que propuse a Rachel que quedáramos en una cafetería la tarde del sábado anterior al día de Acción de Gracias. Era uno de la serie de establecimientos de aire italiano de MacDougal Street que se atribuían un pedigrí más antiguo del que parecía verosímil, pero me gustaban sus cafés baratos y la variedad de genuinas pastas a la venta en la vitrina de cristal. Ayudaban a suavizar parte del choque cultural que he estado sintiendo desde mi regreso a Estados Unidos, y me permitían creer, siquiera por un momento, que esos referentes de la vida europea de los que me había encariñado seguían siendo accesibles incluso a este lado del Atlántico. Así que convertí el Caffè Paradiso en una parada frecuente en mi vida semanal, dado que proporcionaba el tipo de local espacioso y tranquilo donde podían encontrarse amigos y estudiantes y la conversación podía alargarse sin la sensación de que un camarero iba a echarnos. Tiene más ambiente y estilo que cualquier establecimiento de una cadena de cafeterías y menos bullicio y alboroto que los locales supuestamente artesanales que están tan atestados que hay que

competir por encontrar mesa y luego soportar la presión de otros clientes merodeando como helicópteros con los ojos desorbitados rastreando el primer gesto que insinúe que te vas. El Caffè Paradiso no es chic ni *hip*, y tiene un estilo más discreto, que es, sospecho, lo que lo ha mantenido abierto durante tantos años; o eso o sirve de fachada para el lavado de dinero, que es una posibilidad que nunca debe descartarse en esta ciudad.

Rachel solía ser puntual en nuestras comunicaciones y ya nos habíamos encontrado una vez, en septiembre, para lo que en Oxford yo habría denominado supervisión, pero que ahora tal vez sería más propio denominar una reunión o, si eso suena demasiado formal, para, simplemente, tomar un café. En los dos meses transcurridos había sabido poco de Rachel hasta que me envió un borrador completo de un capítulo. Ese trabajo, sobre la historia de la organización del Ministerio de la Seguridad del Estado en la República Democrática de Alemania, estaba bien fundamentado. Sólo tenía que hacerle algunas sugerencias sobre cómo podía afinar su marco metodológico, pero le escribí diciéndole que creía que podría ser conveniente que nos volviéramos a reunir antes de las vacaciones.

Dado que siempre llego temprano allá donde vaya, había llevado un libro, aunque no pensaba que Rachel fuere a hacerme esperar. En nuestra primera reunión, y en todas nuestras comunicaciones posteriores, me dio la impresión de que era una joven excepcionalmente meticulosa y puntual, hasta rayar lo puntilloso. Varios días antes de nuestra reunión previa me había escrito para confirmar la hora y el lugar, sin darme tiempo a que yo lo hiciera, y cuando me presenté a la cita, en la cafetería cerca de la esquina sudoriental de Washington Square, ella ya estaba esperándome.

En la segunda reunión, hace sólo unas semanas, pedí un café americano, me senté a una mesa cerca de la ventana y abrí mi libro. Ahora no recuerdo de qué libro se trataba, debía de ser *Open Sky* de Paul Virilio, o algo de ese estilo, pero pronto me di cuenta de que había leído diez páginas y cuando miré mi reloj vi que eran casi las cuatro y cuarto, quince minutos pasados de la hora acordada para la reunión. Saqué mi teléfono, un anticuado mazacote de plástico que no servía para enviar ni recibir *emails*, pero al menos, pensé, podía mandar a Rachel un mensaje de texto, como

a veces le mandaba a mi hija si iba a encontrarme con ella y me veía atrapado en un atasco de tráfico. Cuando me desplazé por la lista de contactos me sorprendió descubrir que el nombre de Rachel no aparecía entre ellos, aunque estaba convencido de que había introducido sus datos cuando nos reunimos en septiembre.

Trascurrieron otros diez minutos, volví a sacar el teléfono y lo comprobé de nuevo para asegurarme de que no había pasado por alto su número, que tal vez hubiera anotado por el apellido y no por el nombre de pila, pero no había nada. Era posible que en algún momento hubiera borrado accidentalmente la entrada, porque mis dedos ya no son tan hábiles como antes y me resulta difícil pulsar con precisión las diminutas teclas del móvil, o puede que, pensé, el recuerdo de haber añadido el nombre y el teléfono de Rachel a la lista de contactos no era más que una invención voluntariosa o un falso recuerdo de una intención que no llegué a realizar.

Había estado alargando el café y entonces decidí que no tenía sentido esperar más, así que me llevé la taza a la boca y, al hacerlo, capté la mirada de un joven, que debía de tener veinte y muchos o treinta y pocos, sentado a una mesa enfrente de mí. No sé decir cuánto tiempo llevaba sentado ahí o si ya estaba en el local cuando entré, o había llegado después, pero él me saludó con la cabeza o puede que no, pero sí hizo algún gesto de reconocimiento o de saludo y seguidamente empezó a hablar con un tono tan despreocupadamente familiar que me pilló con la guardia baja. Es algo que no suele suceder en Gran Bretaña, donde la suspicacia hacia los desconocidos está tan profundamente arraigada en la psique nacional, tal vez desde los tiempos de la amenaza del IRA, o puede que aún de mucho antes –de las sospechas sobre los potenciales espías alemanes durante la Segunda Guerra Mundial–, que quienes no se conocen a menudo ni siquiera se miran ni, mucho menos aún, hablan entre ellos, a no ser que sean de otro sitio, y entonces, gracias a esa feliz casualidad, es posible relacionarse con alguien en un lugar público, y charlar negando con la cabeza sobre el confuso laberinto de la red de transporte de Londres o sobre el coste de la vida o la dificultad inherente a pasear por la calle porque cualesquiera que fuesen las leyes que estuvieran en vigor en el pasado acerca de caminar por la derecha o por la izquierda se habían olvidado con la transformación de Londres en un microestado in-

ternacional, y, aunque bastante distante de la capital, Oxford es un satélite de ese fenómeno, y su tipismo inglés va dando paso gradualmente a un cosmopolitismo que avanza con una imparable fuerza transformadora. Tal vez no tarde en llegar un día cuando los desconocidos hablen en Gran Bretaña entre ellos de una manera que parecerá normal en lugar de extraordinaria.

Pero ahí, en Nueva York, un día frío de noviembre, había un desconocido entablando conversación conmigo, y dada mi adaptación a la actitud de reticencia inglesa, me pareció tan asombroso que al principio me costó creer que de hecho estuviera dirigiéndose a mí.

—¿Le han dejado plantado?

Recorrí el local con la mirada dos veces.

—¿Habla conmigo?

—¿*Habla conmigo*? Qué gracioso. —Se rió—. Como De Niro, ¿no? ¿*Habla conmigo*?

—Bueno, sí, supongo.

—¿Así qué...?, ¿te han plantado?

—No, no se trata de eso. Estaba esperando a un estudiante.

—¿Un o una?

Una vez más, volvía a mirar el local. La cafetería no estaba muy llena, y el tono de aquel joven tenía algo lo bastante extraño como para que yo no supiera muy bien si era conveniente continuar la conversación y pensé en ponerle fin en ese mismo momento disculpándome y marchándome. Si me hubiera quedado algo de sentido común eso habría sido exactamente lo que tendría que haber hecho, dado lo que ha acabado pasando, pero está claro, visto desde hoy, que me había desembarazado de mis sentidos, comunes o no, o tal vez, pienso ahora, había perdido los británicos y había permitido que los americanos se hicieran con el control.

—Una.

—¿Bonita?

De nuevo miré alrededor, esta vez para asegurarme de que no había nadie conocido que pudiera oírme.

—¿Perdón?

—Eso significa que no. Usted suena inglés.

—Viví allí durante más de una década. A los británicos siempre les soné americano.

—Pues a mí me suena británico. ¿Se lo han dicho otros?

—Algunos. Los americanos no suelen tener buen oído. Creen que ese actor británico, no me acuerdo cómo se llama, el que interpreta a un médico en la televisión, tiene un acento americano impecable. Pero no es así. Suena como un acento que ha sido cultivado en un laboratorio más que crecido de una semilla, por así decirlo.

—¿Ve?, a eso me refiero. Los americanos nunca dirían *por así decirlo*. Usted suena británico del todo. Es asombroso.

—Gracias, supongo.

—Así que la chica no es bonita, la estudiante que le ha plantado.

—Es bastante atractiva, pero eso de igual. Es una estudiante excelente.

—Pero no es de fiar.

—No, qué va. La impuntualidad no es propia de ella.

—Entonces, llámela.

—No tengo su número. Pensaba que sí...

—¿Una laguna mental, nos hacemos mayores?

—Escuche, no soy tan viejo.

—Podría ser mi abuelo.

—Si ni siquiera tengo cincuenta y cinco.

—Vale, tranquilícese. Sólo estoy enredando. ¿De qué da clase?

—Historia moderna y políticas, y un seminario de último curso de cine.

—Mola.

—¿Es estudiante?

—No. Ya no.

—Ahora ya sabe lo que hago. ¿No quiere decirme lo que hace usted?

—No soy más que otro impostor que trabaja para grandes empresas.

Y eso, hasta donde recuerdo, fue el final de la conversación. Me dio la impresión de que no era mucho más joven ni tampoco mayor que mi hija; con el pelo rubio rojizo y una tez pálida que le hacía parecer un chico del Medio Oeste criado con maíz, el tipo de cara que aloja los ojos levemente fantasmales de la pobreza vivida hacía pocas generaciones, no necesariamente sus padres o sus abuelos, pero uno o más de uno de sus bisabuelos, imaginé, no había comido bien durante buena parte de su vida y de alguna forma esa hambre se había hecho con el control de sus genes y

había llegado hasta el chico que había entablado conversación conmigo en una cafetería italiana en Greenwich Village a finales del mes pasado. Era una cara que me recordaba los retratos de Mike Disfarmer, aquellas fotografías color sepia de gentes corrientes de Arkansas, demasiado curtidos, la mayoría de ellos flacos y un poco hambrientos o con aspecto de perseguidos, como si durante la caza para poner un poco de carne a sus mesas se hubieran dado cuenta en un momento dado de que ellos mismos, a su vez, eran objeto de la persecución de un depredador invisible.

El encuentro no fue en sí inquietante, aunque ese joven era el tipo de persona que me hizo mirar hacia atrás por encima del hombro cuando volví caminando a mi edificio en la oscuridad vespertina, y luego, cuando me puse a mirar por la ventana iluminada que daba a Houston Street –o, más bien, a contemplar mi propio reflejo mientras pensaba en el tráfico que pasaba por debajo–, se me ocurrió la idea de lo visible que era, sólo unas plantas por encima del nivel de la calle, con las persianas abiertas y yo de pie al lado, escuchando a Miles Davis y bebiendo una copa de escocés porque, después de todo, ya eran las cinco y media de la tarde y era noviembre, había oscurecido y me sentía solo, es más, muy solo, y me di cuenta de que la razón por la que no había puesto fin a la conversación de buenas a primeras, ni siquiera cuando dio sus giros más extraños, era porque todavía no había sabido reconectar con mis antiguos amigos en esta ciudad, unas amistades que, en realidad, había dejado que se difuminaran durante los años que pasé en Oxford, de manera que ya no me sentía capaz de llamar a la gente que en el pasado había tenido por más íntima y cercana y preguntar si podíamos quedar para tomar un café con la misma facilidad que se lo proponía a los estudiantes, masculinos o femeninos, tanto daba, fueran ellas bonitas o no. Llegué a la conclusión de que tenía que invitar a un pequeño grupo de colegas a cenar, pero luego recordé la razón por la que estaba intranquilo, y el hecho de que hubiera olvidado fugazmente por qué estaba descen-trado agravó mi incomodidad. Abrí el portátil y allí, el primero de los mensajes enviados en mi *email*, había un correo para Rachel que, según parecía, yo había escrito esa misma tarde, un poco después de las dos, es decir, hacía sólo unas horas, en el que le preguntaba si podíamos cambiar nuestra reunión posponiéndola hasta el lunes a las cuatro en mi despacho porque me habían surgido

inesperadamente otros compromisos y no podía, pese a lo mucho que lo lamentaba, librarme de ellos, y le rogaba que me disculpara. Y ahí estaba su respuesta, que, según parecía, yo había leído, de que no era ningún problema y que le iba bien que nos reuniéramos en mi despacho el lunes a las cuatro de la tarde.

Bien, no recordaba en absoluto haber escrito aquel mensaje, ni haber leído la contestación, y aunque es verdad que me estaba tomando la primera copa antes de las seis de la tarde, era justamente eso, la primera. Además, no había bebido nada en toda la semana, aunque podría pensarse que el hecho de que mencione algo así podría implicar que tal vez había tenido un problema con la bebida, que tampoco es el caso, a diferencia de muchos de mis antiguos colegas de Oxford, una mayoría de los cuales yo diría que eran alcohólicos funcionales –algunos dudosamente funcionales–, alcohólicos del tipo que no son aceptados de buena gana en el mundo académico norteamericano. Lo que quería decir era: no había tenido ninguna laguna mental, no me había olvidado de ese intercambio de mensajes con Rachel debido al alcoholismo, aunque habría resultado tranquilizador si hubiera eliminado por entero el recuerdo de ese episodio debido a alguna causa externa a mi mente y no por un agujero negro de mi memoria. Puede parecer lamentable, pero en esos momentos de mi vida recientemente reamericanizada cada vez que me siento de repente incómodo o simplemente más solo de lo que pueda remediar cualquier contacto con estudiantes o colegas, llamo a mi hija, y eso es lo que hice aquel sábado unas semanas atrás. Bajé el volumen de Miles Davis, cogí el teléfono y le pregunté a Meredith cómo le iba.

–Muy bien, papá, aunque un poco desquiciada para serte sincera. Esta noche tenemos cena.

–¿Alguien importante?

–Sí, pero no puedo..., a ver, no debo decirlo.

–¿Es que no soy digno de confianza?

–No, claro que no, es que, bueno, en estos tiempos, las líneas telefónicas, nunca se sabe. O a lo mejor es que me estoy volviendo paranoica. Pero y tú, ¿qué tal estás?

–Bien. Lo que pasa es..., bueno, nada, en realidad. Sólo quería escuchar tu voz.

–Pásate esta noche si quieres. Podría añadir otro plato. Y sería agradable verte.

No sabría decir si fue una invitación sincera o si mi hija simplemente se compadecía de mí, pero me quejé un poco antes de aceptar. La idea de pasar la noche solo en ese apartamento del Village, o incluso de ir a cenar fuera sin compañía y luego meterme en el Angelika a ver una sesuda película iraní o turca, o hasta francesa, o la de pasear durante una hora hasta Central Park sólo por la sensación de estar entre otras personas, de imaginar que no estaba solo en el mundo, frustrado y fracasado porque tenía que buscar la compañía de desconocidos para crear la ilusión de que mantenía un vínculo con el mundo, era más de lo que podía digerir. Esos paseos, esas tentativas de distraerme de mi soledad, sólo acentuaban mi sensación de aislamiento.

Cuando acepté el empleo en la NYU no pensé demasiado en cómo el cambio, mi regreso a una ciudad a la que todavía consideraba mi hogar pese a más de una década de ausencia, afectaría a mi vida social, que en Oxford estaba ocupada por mis colegas profesionales. Muchos de ellos, tengo que decirlo, eran extranjeros como yo, y nos unía nuestra sensación común de alienación frente a los ingleses, o lo inglés en general, que, comprendí paulatinamente, era algo distinto a lo escocés o lo galés (aunque esta última categoría no se oye mucho), y que a menudo los propios ingleses fundían con lo británico. Una vez oí a un presentador de Sky News describir al jugador de tenis Andy Murray como «la gran esperanza de Inglaterra, y es escocés», como si el país entero fuera ciertamente Inglaterra, que en realidad es sólo una parte de un país federal, y no el Reino Unido. Pese a la alienación de lo inglés, que es básicamente una cualidad patente en ciertos ingleses de excluir a los demás, con su reticencia a asimilar a sus inmigrantes, nunca me sentí, ni por un momento, ni siquiera durante los primeros meses de mi estancia en Oxford, verdaderamente solo. Había infinitas fiestas al aire libre y cenas en la *High Table*, recepciones, celebraciones y copas, y sigue siendo un lugar lo bastante pequeño como para que los afines parezcan encontrarse instintivamente, haciendo que el tiempo, por más pesada que sea la carga de trabajo, transcurra con la cordialidad como núcleo de su experiencia de aquella antigua ciudad. La vida social, según acabé por entender, era una parte tan integral de la atmósfera intelectual y educativa como las bibliotecas y las aulas.

De modo que a última hora de la tarde o por la noche, asaltado por una repentina sensación de vacío en Nueva York –la ciudad que amo, un amor que me ayudó a salir adelante mientras estuve en Oxford, que, a su vez, fue una ciudad que también llegó a amar por sus propios encantos–, a menudo llamo a mi hija, sobre todo los fines de semana y puede que insinúe demasiado explícitamente la pregunta de si Peter y ella tienen algún plan. De cada cinco veces, Meredith me invita tres a cenar en su piso o en un restaurante, o descubro que tiene un acto en el Village o en el Meatpacking District –una inauguración en una galería o una fiesta– y se pasa por casa a verme antes de volver a su piso. He aprendido que a mi hija, a la que hasta hace poco todavía consideraba una niña por más que esté casada y, se mire por donde se mire, haya conseguido el éxito por méritos propios, con una galería con su nombre y una reputación creciente, le gustan, como a su padre, los whiskies de malta, y en especial los terrosos con un regusto a turba casi medicinal de Islay. Nos sentábamos juntos en mi salón con Miles Davis o Ornette Coleman en el tocadiscos, porque me ha dado por comprar elepés de vinilo negro azabache en lo que mi hija denomina, con una pizca de desdén, una «pose *hipster* del que envejece». Lo único que echo de menos entre nosotros es un buen habano, aunque, ahora que lo pienso, eso suena excesivamente freudiano, o podría sugerir que lo que yo de verdad quería –lo que quiero, lo que más deseo ahora– es un hijo varón. Meredith es la mayor alegría de mi vida, y siempre lo será, de eso no me cabe duda, sin que importe quien más pueda todavía –espero– entrar a formar parte de mi familia.

Aquel sábado de noviembre, cuando la reunión con mi estudiante Rachel no se concretó, cogí el metro hasta Columbus Circle y me paré en una tienda de alimentación en el sótano de un edificio que no estaba ahí cuando vivía antes en la ciudad; de hecho, Columbus Circle ha cambiado tanto en el curso de los años que apenas me resulta reconocible cada vez que paso por allí. Si salgo del metro sin pensar en dónde estoy, me siento tan desorientado que tengo que mirar un plano o pedir indicaciones para descubrir cómo llegar a Central Park South.

Tal vez tenga que ver con el divorcio, o con el hecho de que recogí mis cosas y me mudé cuando mi hija sólo tenía trece años, dejándola al cuidado de su madre, o incluso con la humildad con que Peter y ella han transformado mi propia vida permitiéndome acceder a lujos que nunca creí a mi alcance (los viajes son siempre en primera, paso volando por las vías de acceso rápido y las colas de autorización en los aeropuertos, descanso en las salas vip antes de la salidas y me sirvo comida y bebida gratis), pero ahora me resulta imposible presentarme con las manos vacías ante su puerta. Mucho le debo; mucho, creo, tengo que compensarla por mis años de ausencia. Esa noche llevé una botella de Laphroaig porque le gusta, aunque no es caro ni raro, y un ramo de flores de otoño de esa tienda del sótano, a todas luces demasiado cara.

Meredith abrió la puerta y, Dios mío, ¡qué impresión! A un padre sólo podía dejarle sin aliento verla de aquella guisa: con un vestido negro exquisito, un collar de perlas, el pelo oscuro cayéndole por detrás de los hombros, su presencia perfectamente serena desde cualquier perspectiva imaginable, salvo en los ojos, y allí, en su mirada, pude reconocer el pánico absoluto y adiviné que no me había invitado para hacerme un favor, sino porque necesitaba ayuda para sobrellevar el tipo de reunión que en el

pasado habría sido extraordinaria, para ella y para mí también, pero ahora no iba a ser más que otra cena de negocios. Sólo podía hacer suposiciones sobre por qué no me había invitado antes de mi llamada; tal vez había creído que me parecería aburrida, o Peter me vetó, o, después de mi larga ausencia de sus vidas, simplemente no se les había ocurrido, aunque nos hemos visto con bastante frecuencia estos últimos meses, lo que me hizo pensar que, en cierto momento, se había tomado la decisión consciente –o a cierto nivel, pensé, porque siempre ha estado claro que Peter se considera el que toma las decisiones en su matrimonio– de que en esa ocasión yo no debía estar presente.

Cuando le di a Meredith las flores y el escocés se inclinó para besarme las dos mejillas. Qué sofisticados nos hemos vuelto en el curso de dos generaciones. Mis padres no habrían ni imaginado saludar a nadie con ese estilo europeo. Pero antes de que pudiera dar un paso más, aparecieron dos hombres de seguridad trajeados.

–Lo siento, papá, ya lo entiendes, nadie entra esta noche sin un registro superficial. Ya sabes cómo son estas cosas.

Los hombres pasaron un detector de metal a mi alrededor y, en cuanto me dieron vía libre y se aseguraron de que iba desarmado y por tanto no suponía un riesgo para quienquiera que estuviera en la sala contigua, seguí a mi hija a la cocina, que estaba atestada de camareros de catering y un chef. Desde mi regreso a Nueva York, o, de hecho, desde que se casaron Meredith y Peter hacía dos años, nunca había visto a mi hija ni siquiera hervir el agua para el té. Por lo general, la asistente se encarga de cocinar, pero para un acto como la cena de esa noche necesitaban a más personal y sólo más tarde comprendí lo importante que era la velada y cuánto riesgo, en cierto sentido, había corrido Meredith al invitarme en último momento (con posterioridad descubrí que había habido una cancelación tardía, uno de los colegas de Peter cuyo hijo enfermó a causa de una intoxicación alimentaria, y yo aparecía, como invitado por el destino, para volver a cuadrar los números). En retrospectiva, no sabría decir si hubo un elemento de cálculo por parte de Meredith, pero prefiero creer que no lo hubo, que existía, y todavía existe, el suficiente cariño entre nosotros para que lo que la impulsara fuera tanto su propia necesidad de contar con mi apoyo como su deseo de echarme una mano, de sacarme de mi patente soledad.

—No sabes cuánto te agradezco que hayas venido, papá. Esta noche te necesito.

—No seas tonta, el placer, y mucho, es mío.

—Te has vuelto tan inglés —dijo sonriendo y estirándome la corbata—. ¿Te apetece una copa de algo? Hay champán.

—Espléndido.

—¡Dios! Sí que estás británico.

—¿En qué lo notas, cariño?

—Los americanos no dicen espléndido de ese modo.

—¿Es que está mal dicho? ¿Quieres que cambie?

—¡No! Claro que no. —Me pasó una copa de champán que, a su vez, le había dado un camarero con el que se comunicó mediante una leve inclinación de la cabeza en mi dirección.

—¿Quién está aquí esta noche? ¿Puedes decírmelo ya?

—Lamento el subterfugio, es una cena de trabajo para Peter. Albert Fogel y su esposa, y la madre de Fogel. Los demás son todos colegas de Peter —y entonces bajó la voz—, a la mayoría de los cuales no soporto, pero, bueno, ya sabes, todos asistieron a las mismas escuelas privadas y *colleges*, y todos son más que multimillonarios. Ésta es la gente que en realidad dirige el país, y la mayor parte del tiempo no tienen ni idea de lo omnipresentes que son los efectos de su poder, pero qué vamos a hacerle, así es el mundo en que vivimos.

Me deprimió un poco oír a mi hija tan hastiada y me pregunté si casarse con alguien de dinero era la causa, aunque no puede decirse que ni su madre ni yo fuéramos pobres, sobre todo su madre, y uno tiene que admitir que Meredith asistió a uno de esos *colleges* y a una de esas escuelas privadas, y debido al acceso a esa clase de educación, por no mencionar su belleza peculiar y levemente anticuada, el rostro de una joven de Vermeer, la tez pálida y cremosa de una de Manet, todos esos legados genéticos aleatorios, en combinación con su inteligencia cultivada y un buen gusto excepcional, la hizo sumamente atractiva para cierta parte de jóvenes acaudalados que sabían degustar la belleza, pero también la inteligencia, que consideraban a mi hija, que no había sido consentida por nacimiento sino bien cuidada, criada y educada para ser equilibrada, una potencial compañera estable al menos durante la primera década de sus vidas profesionales. Un colega de Oxford bromeó, al enterarse del compromiso de Meredith hace unos años, que uno

sólo puede albergar la esperanza de que sus hijos lleguen a celebrar el décimo aniversario de sus bodas: esperar más sería descabellado, incluso arrogante. Los tiempos de la fidelidad eran historia.

Esa noche, Albert Fogel, el alcalde recién elegido de Nueva York, estaba sentado junto a Peter en una punta de la mesa, con la esposa del alcalde junto a Meredith al otro lado, y a mí me endosaron a Caroline, la madre viuda del alcalde, que se sentía una artista. El resto de las plazas las ocupaban colegas de Peter, la mayoría de ellos redactores jefe de su revista o de otras revistas y periódicos, aunque me preguntaba si ellos llamaban de hecho a sus publicaciones con esos nombres tan pasados de moda hoy en día, si no se consideraban magnates de «medios difusores de noticias» o de «plataformas informativas» o incluso de «ecosistemas mediáticos».

—¿Y usted a qué se dedica? —me preguntó Carolina cuando ya habían servido el rape y llevaba media hora escuchándola elogiar entusiasmada la brillante carrera de Meredith, y la gran estrella en que se estaba convirtiendo ya, y diciendo que esperaba que tal vez yo pudiera interceder por ella ante mi hija, porque en el pasado había sido lo bastante afortunada para exponer en algunas de las grandes galerías, y todavía creaba arte, no lo había dejado nunca, y ahora trabajaba en una serie de pinturas sobre el cuerpo humano envejecido —autorretratos de partes de mi propio cuerpo aisladas. ¿Y usted a qué se dedica, Jeremy?

—Historia y pensamiento político de la Alemania del siglo xx, algo de teoría política. Escribí una historia de alemanes orientales que trabajaron como confidentes forzosos para la Stasi. —La señora Fogel asintió, pero percibí que había dejado de interesarle—. Ahora estoy impartiendo un curso de cine, y supongo que es eso lo que más me interesa en este momento, tal vez el que ya no tenga la paciencia para el intenso trabajo que requiere la investigación de archivos y que prefiera ver películas sea una señal de que mi cerebro empieza a atrofiarse.

—Cine. Qué fascinante —dijo, y ya no me cupo duda de que la había perdido—. Mi primer marido era director. Siempre quería filmarme desnuda. Finalmente me libré de aquel idiota y me casé con el padre de Albert. Era abogado. A decir verdad, igual de mirón, pero no tan invasivo. Me parece que tal vez era homosexual. ¡No ponga esa cara de sorpresa! Nunca le interesó demasiado el

sexo, ni siquiera verme desnuda, y francamente, por mí, mejor, pero Dios, quería saberlo todo sobre mi mente. Era agotador, pero me sacó de aquí y me llevó a Connecticut, que era el cielo.

—¿No te gusta Nueva York?

—Es muy sucia, muy bulliciosa. Detesto toda esa caca de perro por las aceras. Me pone enferma.

—Yo acabo de volver tras pasar más de una década en Oxford.

—¿Y cómo se le ocurre volver a Nueva York? Oxford es precioso, y muy tranquilo. Soñaba con tener un pequeño *cottage* inglés con tejado de paja y rodeado de un prado. Algo como en *Regreso a Howards End*, ya sabe, con el árbol y los dientes de cerdo en la corteza, y todo lo demás. Es *muy* romántico. *Muy* inglés. ¿Por qué abandonó todo eso? Aquí no hay nada parecido, no en Nueva York, y el campo americano es muy agreste, salvaje, muy peligroso. Puedes respirar hondo y caerte muerto.

—No es para tanto.

—Lo único que puedo decir es que adoro la cualidad bucólica de la campiña inglesa, los paisajes de Constable, lo acogedor que resulta, sin nada que pueda matarte que no sea tu propia estupidez. Oh ¡estás consiguiendo que me entren ganas de ir! Tendría que planificar un viaje para la próxima primavera, cuando florecen las campanillas. Recuerdo un bosque lleno de campanillas en las afueras de Oxford, en los años sesenta, en el que sentí que había ido a parar al país de las hadas. Por entonces, Albert era sólo un bebé y los tres pasamos dos semanas de vacaciones deliciosas recorriendo en coche el sur de Inglaterra. ¿Cómo puede soportar haber dejado todo eso?

Me acordé de los camiones que pasaban ruidosos por delante de mi vivienda de Oxford, haciendo vibrar las ventanas aunque era una calle residencial, y de las fiestas estudiantiles en el apartamento contiguo que a veces me obligaban a llamar a la policía, o de la fealdad banal de buena parte de East Oxford, las obras que parecían prolongarse durante años a lo largo de la Cowley Road, las aceras irregulares confeccionadas con losas de cemento de treinta centímetros cuadrados que tendían a hundirse bajo la lluvia y al pisarlas hacían palanca y me empapaban las piernas, por no mencionar el zumbido de la carretera que circunvalaba la ciudad. En estos tiempos, Oxford tiene poco de verdaderamente tranquilo.

—Lo cierto es que echaba de menos América. Y la NYU era la que me ofrecía más dinero y menos horas lectivas. Y por descontado Meredith y Peter están aquí, y mi madre vive en Rhinebeck. Volví por varias razones, entre ellas la familia. —Le conté eso a Carolina porque a la gente no le gusta escuchar que un lugar con el que han establecido asociaciones románticas es igual de mundano que cualquier otro, y sé que Oxford es hermoso de una manera muy peculiar, pese a sus defectos, pero yo todavía estaba sufriendo el primer arrebato de mi renovada historia de amor con Nueva York, con esta gran ciudad global que ciertamente no parece tener igual en el mundo occidental, y esa noche no quería escuchar a nadie que intentara convencerme de que Oxford habría sido un mejor lugar para acabar mi carrera profesional, en mi confortable puesto universitario de profesor titular. Seguramente nada habría impedido que me quedara, de no ser el deseo de trabajar menos y cobrar más y de ver a mi hija más de dos veces al año y volver a vivir en la ciudad que tanto me había dado en el pasado.

Entonces no pensaba en todo lo que me había arrebatado Nueva York, es decir, mi esposa, mi matrimonio, una carrera sin interrumpir en Estados Unidos, y, por tanto, una percepción sin complicaciones de lo que significa tener un hogar. Por supuesto, Oxford me parecía hermoso, sobre todo aquellas insólitas y largas veladas de verano, tumbado con amigos en los parques de la universidad o remando en el Cherwell, empujando las barcas hasta la orilla para hacer un picnic en el agua mientras los cisnes pasaban a nuestro lado y los espinos dejaban caer sus flores blancas. Es posible que la suciedad de las orillas, la fealdad que bordeaba el lugar idílico, fuera en gran medida la razón por la que todo lo que se conservaba hermoso pareciera tan exquisito, tan estimulante, capaz de alimentar el deseo de ser uno con esa belleza, de suavizar la cadencia de mi forma de hablar y adaptar mis vocales. Al volver a Estados Unidos he descubierto cada vez con mayor frecuencia que muchos americanos ya no me ven igual que antes, que me he convertido para ellos en alguien que no es americano, aunque sé que, con trabajo y una resolución planificada para eliminar los tics verbales y de comportamiento que adquirí en Gran Bretaña, todavía podría hacerme pasar por quien había sido, o al menos por una versión sutilmente alterada de mi antiguo yo.

—Me parece que encontrará cambiada América desde que se marchó —dijo Carolina, que se inclinó hacia un lado mientras un camarero recogía su plato—. Cuando los republicanos se quedaron sin la Guerra Fría para hacer lo que querían, tuvieron que inventarse una nueva, ésa tan espantosamente denominada Guerra contra el Terror. Lo que no habían imaginado es que la Guerra contra el Terror, al apuntar en todas direcciones, incluso dentro de las fronteras de este país, sentaba las bases para una nueva Guerra Civil. Eso es lo que el Tea Party y los de su cuerda quieren, aunque seguramente lo llamarán Revolución, pero lo cierto es que no tiene nada de revolucionario. Se trata de una parte de la población determinada a vivir y a gobernar de un modo aborrecible para la mayoría de nosotros. No sé, sólo soy una pintora, y tal vez lo que describo sea una definición precisa de una revolución, pero no de una que cuente con el apoyo universal, por mucho que quieran presentarlo así.

A medida que avanzaba la velada, me di cuenta de que la madre del alcalde era más inteligente de lo que había parecido al principio. Hablaba y hasta tenía el aspecto de Lauren Bacall, a la que yo había visto una vez subiendo a un coche en Park Avenue; Carolina poseía la misma elegancia y gracia y el tipo de voz cavernosa que indicaba o bien una rara fisonomía o bien muchos años marinando sus cuerdas vocales en whisky y humo de cigarrillo. Debía de pasar de los ochenta, así que podría haber sido mi madre, y hablaba con el a menudo irritante estilo de los mayores que conservan la lucidez y la coherencia, que se empeñan en dejar clara su sabiduría y en impartir sus conocimientos a quienes les escuchan. Yo quería escucharla educadamente, por mi hija y su marido, y no es que Peter haya hecho gran cosa para despertar mi afecto, es más, me parece un cabrón bastante rígido, no muy distinto a los señoritos engraidos del selecto y clasista Bullingdon Club de Oxford, el equivalente americano de aquellos pijos pagados de sí mismos sin el menor interés por la gente corriente ni la menor idea de lo que sufren los pobres. Sin embargo, Peter se diferenciaba en que sus ideas políticas y su corazón están en el lado correcto, es decir, desde mi perspectiva, a la izquierda, aunque con los superricos, y creo que es acertado situar a Peter en esa categoría, pues esa gente que ha sido rica desde la cuna, que, como bromea su madre, ha pagado impuestos desde el

útero no puede llegar a entender las dificultades a las que se enfrentan la mayoría de los americanos, ni les preocupa la cruda realidad que viven las gentes más empobrecidas del resto del mundo, en comparación con las cuales los estadounidenses pobres parecerían acomodados.

Conocí al nuevo alcalde y a su mujer aquella noche, hablamos brevemente tomando el café, cuando todos salimos a la terraza pese al frío para contemplar las luces de Central Park y el resplandor de los edificios que se alzaban en el Upper East Side. Por *esto*, pensé, por *esto* volví a Nueva York, porque no he estado en ningún sitio que tenga estas vistas urbanas. Londres es una ciudad de una gran belleza de antes de la guerra y mucha fealdad de posguerra; París, pese a todo su esplendor, puede ser monótona con un aire de museo; Roma es caótica; Berlín, un cajón de sastre, pero Nueva York, pese a la reciente proliferación de nuevos rascacielos, ha sabido descifrar una especie de código urbano que la convierte en una de las ciudades más dinámicas del mundo. Ciertamente es que nunca he estado en Asia, y los colegas me comentan que para ver el futuro urbano tengo que ir a Shanghái y Tokio y a una docena de ciudades más que me explicarán una historia bastante distinta. Tal vez algún día, aunque la perspectiva de ese tipo de viajes va menguando cada vez más a medida que pasa el tiempo y yo me siento en esta habitación, garabateando estas páginas y preguntándome qué tipo de futuro puedo esperar todavía para mí, qué propósito tendrá el relato que redacto aquí, quién lo leerá, si será poco más que un legado excéntrico para mis herederos, o si algún día, pronto, se considerará una prueba, un asunto para mantener en secreto más que para darlo a conocer. Usted que lo está leyendo, quienquiera que sea, o ustedes, cuantos quiera que sean, están sin duda llegando ya a conclusiones sobre mí, leyendo entre líneas y haciendo suposiciones pese a mis alegaciones de inocencia.

Fogel era encantador, pero me di cuenta de que me veía como una persona de poca importancia. La única razón por la que charló conmigo durante el café fue que era el padre de su anfitriona y él dependía de la buena voluntad de los magnates de la prensa como Peter y sus colegas para convencer a la ciudad de que lo que quería hacer, el plan que tenía para convertirla en un lugar más justo, más igualitario, no afectaría al crecimiento económico

atribuido a las medidas políticas de su predecesor. Hablamos sólo brevemente y no mostró el menor interés por mí. No puedo echarle la culpa. Al fin y al cabo, no soy más que un historiador universitario, un profesor que puede enseñar otros quince o veinte años más, y tal vez influir en un par de generaciones de otros eruditos, aunque ahora ese futuro –todos los aspectos de mi futuro– parece en verdad dudoso. Cada palabra que anoto sobre el papel imagino que es la última que escribo en libertad.